

El 20 de Mayo de 1823 falleció el primer imperio mexicano. Había durado diez meses desde el motín de cuartel del sargento Pío Marcha, hasta la abdicación del Emperador en el antiguo Congreso ilegalmente disuelto y legalmente subsistente.

Diez y seis meses después la leyenda imperial ahogábase en el charco de sangre de Padilla.

Cual fruta podrida que del árbol se desprende cayó el imperio por su propio peso, á despecho de los servicios prestados por Iturbide á la causa de la Independencia, á pesar del entusiasmo del ejército, de la adhesión aparente de los generales, de la popularidad lépera, del apoyo incondicional del clero; á pesar de los mayordomos, genti-

les hombres de Cámara, capellanes, pajes, médicos, escuderos, camareras, damas y camaristas de la casa imperial; á pesar del decreto de 22 de Junio estableciendo monarquía hereditaria, majestades, altezas, príncipes y princesas, creación fantástica de cerebros mal equilibrados, cuyas ilusiones habían de disiparse antes del año al áspero vendabal de la realidad; á despecho de los trajes pseudo-romanos copiados de la coronación de Napoleón I, de la solemnidad de las fiestas de la consagración, de las joyas prestadas para adornar las diademas que, antes que el imperio, tuvieron que desbaratarse para devolver las piedras preciosas á sus dueños; á pesar, en fin, de la ostentosa comparsa de los caballeros de Guadalupe formando, con sus mantos y plumajes, los coros del sainete imperial.

Varias causas precipitaron fatalmente la caída brutal de Agustín I, y sin duda alguna las más poderosas fueron los hábitos de indisciplina y de deslealtad, introducidos en el Ejército por el mismo Iturbide, el día en que, faltando á las leyes del honor militar, volvió contra España las armas y los cauda-

les que ésta había confiado á su hidalguía. No basta que una causa sea justa, es preciso defenderla con dignidad, como lo practicaron Hidalgo, Morelos, Matamoros, Allende y tantos otros héroes que regaron con su sangre las raíces del árbol de la Independencia. Por alto que coloquen á Iturbide los servicios que prestó á la causa de la libertad, aparece cual pigmeo al lado de los gigantes de la epopeya magna de 1810.

Por otra parte, el gobierno imperial careció siempre del nervio del poder: del dinero. Pordiosero nació, arrastró su miserable existencia, y pordiosero murió. Deplorable efecto causó en la opinión pública el contraste de su escasez con el fausto desproporcionado de la coronación y con los medios empleados para darle un brillo efímero, hasta el punto de exponerse á una negativa solicitando prestadas las prendas empeñadas por el público en el Monte de Piedad.

En fin, la familia imperial no pasaba de ocupar una situación mediana en la sociedad de Valladolid. La aristocracia de México que, no obstante su exclusivismo, hubiera acatado sin reparo la majestad de Agustín I,

acogió con rechiflas las mejestades y altezas de oropel otorgadas á su familia, desarrollándose á la par la envidia y las charlas de la clase media. Sucedió, pues, lo que lógicamente había de suceder: el imperio nacido en medio de la burla, agonizó en el ridículo.

¡Felíz Iturbide, si aleccionado por la experiencia hubiera esperado del tiempo, que todo lo borra y todo lo allana en política, el día glorioso en que, realmente designado por la voluntad unánime del pueblo Mexicano, hubiese sido llamado á prestar nuevos y valiosos servicios á la causa de la Independencia que tanto le debía! ¡Dichoso, si inspirándose en los recuerdos de la historia en su retiro de Villa Guevara, cerca de Liorna, se hubiera conformado con sembrar lechugas como Diocleciano en Salónica, arreglar relojes como Carlos V en San Yuste, ó entregarse á las faenas del campo como Washington en Mount-Vernon! Lejos de esto, resollando siempre por la herida, corroído por el recuerdo de su majestad perdida, el ex-emperador se dejó arrastrar á estériles y enojosas recriminaciones que, publicadas bajo forma de manifiesto en Londres, atrave-

saron el océano, patentizando el egoísmo y la versatilidad de sus aspiraciones.

Prescindiendo de los yerros anteriores del Caudillo de Iguala, por ajenos al propósito de esta rectificación histórica, forzoso es convenir en que las primeras páginas del malhadado manifiesto bastaban para cerrar á Iturbide las puertas de la Patria enajenándole las simpatías de todo verdadero mexicano. Dominado por un despecho que no puede ocultar y por una emulación sacrílega que en impiedad raya, ultraja la memoria sacrosanta de los padres de la Independencia, insulta, calumniándolos, al divino Hidalgo, al gran Morelos, al esforzado Matamoros y á esa pléyade de héroes que, sin engaño ni traición, peleando como buenos á pecho descubierto, ofrecieron el sacrificio de sus vidas en aras de la Libertad.

Quisiéramos tener por apócrifos los conceptos del manifiesto de Liorna que copiamos á continuación, pero por desgracia toda duda es imposible.

Este documento ha sido reproducido varias veces por la prensa conservadora, sin que hasta hoy nadie haya levantado la más pe-

queña objeción á cerca de su autenticidad.

Dice Iturbide bajo su firma: (Página 3 del Manifiesto.)

“En el año de 10 era yo un simple subalterno: hizo su explosión la revolución proyectada por D. Miguel Hidalgo, cura de Dolores, quien me ofreció la faja de teniente general. La propuesta era seductora para un joven sin experiencia y en la edad de ambicionar; la desprecié sin embargo, porque me persuadí á que los planes del cura estaban mal concebidos, ni podían producir más que desórden, sangre y destrucción, y sin que el objeto que se proponía llegara jamás á verificarse. El tiempo demostró la certeza de mis predicciones, Hidalgo y los que le sucedieron, siguiendo su ejemplo, desolaron el país, destruyeron las fortunas, radicaron el odio entre europeos y americanos, sacrificaron millares de víctimas, obstruyeron las fuentes de las riquezas, desorganizaron el ejército, aniquilaron la industria, hicieron de peor condición la suerte de los americanos excitando la vigilancia de los españoles á vista del peligro que los amenazaba, corrompieron las costumbres y lejos de conseguir la independencia, aumentaron los obstáculos que á ella se oponían.

Si tomé las armas en aquella época, no fué para hacer la guerra á los americanos, sino á los que infestaban el país.”

Sigue Iturbide profiriendo la blasfemia

siguiente: (Páginas 4 y 5 del Manifiesto).

“El Congreso de México trató de erigir estatuas á los jefes de la insurrección y hacer honores fúnebres á sus cenizas. A estos mismos jefes había yo perseguido, y VOLVERÍA Á PERSEGUIR si retrogradásemos á aquel tiempo.”

En la página 6 del Manifiesto, el gran poder de la verdad le arranca la confesión siguiente:

“Salí, pues, á campaña para servir á los mexicanos, al Rey de España y á los españoles.”

Proclama en la página 13 su parcialidad en favor de los españoles:

“Ni un solo español fué tratado mal mientras la guerra de independencia que yo dirigí.”

De lo que antecede, puede deducirse, sin temor de caer en equivocación, que Iturbide nunca fué mexicano, ni español, ni realista, ni independiente. Antes, durante y después, fué iturbidista, no más y nada más.

Era de suponerse que el cambio de cosas resultante de la abdicación de Iturbide, no dejara de causar un gran conflicto. Sus partidarios manifestaron su descontento por medio de repetidas sublevaciones contra el

nuevo gobierno, mal afianzado aun, y espantado de la facilidad y de la prontitud de una victoria debida á la versatilidad del ejército.

Oscilando el Congreso entre el partido conservador que pretendía apoderarse solo del poder y los iturbidistas que, para mejor preparar la vuelta de su caudillo, aparentaban acercarse á la bandera de la Federación; apurado por la falta de recursos monetarios y por la indisciplina que iba gangrenando todas las clases del ejército; aterrorizado por las fechorías de Vicente Gómez y de bandidos sacados de la hez del partido imperialista que llenaban los campos y los caminos del espanto producido por sus asesinatos y depredaciones; comprendiendo la inminencia del peligro por las cartas de Europa que, todas contestes, anunciaban el próximo regreso del ex-emperador, el Congreso creyó, y con razón, encontrar un remedio heroico á la situación, poniendo fuera de la ley á Iturbide y á todos aquellos que conspirasen por su restauración.

Reproducimos á continuación con todos sus pormenores los debates á que dió lugar la votación del decreto de 28 de Abril 1824.